

INVITADO DE HONOR

Brevísima antología poética¹: *Atmósferas, negaciones* de Jaime Labastida (2017)

Advertencia

Francisco de Aldana murió joven, en la batalla de Alcazarquivir. Corría el año de 1578. De oficio militar, Aldana había escrito el año anterior una *Epístola* a Benito Arias Montano, el célebre editor de la Biblia políglota. Allí expresaba su deseo de apartarse del ejercicio de las armas para dedicar el resto de sus días al estudio y la meditación. No pudo, por desgracia, hacerlo.

He leído su poema en la inalcanzable edición que de él hizo, en México, (en la Editorial Séneca y en la colección el Clavo Ardiendo) el poeta José Bergamín, el año de 1941. Bergamín acompañó el poema de Aldana con otro, anónimo, *Epístola moral a Fabio*, los unió bajo un título común: *Hombre adentro*.

El poema del capitán Aldana me estremeció hace años. Me estremece de nuevo, ahora.

¹ La «Advertencia» inicial del autor y la selección de poemas está tomada de la antología *Animal de silencios* (1958-2018) de Jaime Labastida (Universidad de Sinaloa, México, 2019), con permiso expreso del autor.

A. De *Atmósferas*:

I. Desiertos

Aquí está el sol, descuartizado,
enfermo, dolorido, agonizante.
Migajas de la luz lentas deshojan
este largo horizonte.

La luna asciende: semeja un cardo
extraño. Queda, desnuda, la palabra.
El sol está ya muerto. Atrás,
con lentitud, cercana,
se levanta la luna, silenciosa.
¿Dulce es la luna en el desierto?

Se yergue entonces,
lo digo una vez más,
cactácea impura, la palabra.
No sé qué súbito animal mueve
en mis entrañas, ignoro qué recuerdos
se apoderan del texto de mi carne.
Apenas reconozco signos inciertos
en las rocas. ¿A qué tan triste oficio
me dedico? Oficio de escritor profeso
y hago. ¿Qué silencio, qué duro,
qué inaudible murmullo nos conmueve
en esta noche pura del desierto?

Al borde del ocaso, en este flanco
azul de la memoria, ¿qué cacto
mineral, siniestro, qué crustáceo
pretérito se detiene en el costado
izquierdo de mi carne? ¿De qué
se nutre entonces la palabra?
Peces sin sangre casi, tortugas

arrojadas de un cretácito insomne,
el yeso, el polvo desprendido
de algunos astros no sé porqué siniestros
dibujan la ruta incierta de mi cuerpo.
Siento nacer estalactitas, crece
en mi sangre una nostalgia densa,
original, aguda. Recojo estas piedras
diminutas. ¿Son las astillas sordas
de un fugaz aerolito? El cielo gira,
hecho ceniza. En mitad de la bruma,
en el centro tenaz de los murmullos,
el agua ya se estanca. Brota,
a veces, la palabra.

Animales que somos de ciudades,
el silencio de esta luna nos aturde.
Nace tranquilo el viento,
blando también, desnudo acaso.
estos huesos son polvo entre mis manos.
Recojo un poco de universo:
cuatro piedras, ¿los fragmentos
pequeños de algún sueño remoto?
¿De qué lejano astro han descendido?
¿Somos la pesadilla
de un planeta que no duerme jamás?
¿Hemos caído, como harapos,
desde un sol moribundo?
Un canto sordo,
un grito gutural, un silencio
muy duro, un llanto,
un lento balbucir,
aquel sollozo mineral,
aguas dormidas,
un poco de dolor,
un rastro oscuro, un recuerdo
que no acaba de formarse,

las huellas de este animal
prehistórico que somos,
el desierto, el silencio, la palabra...

Todos los dioses retroceden
en el vasto silencio de esta noche.
Las mismas palabras enmudecen.
Me reconozco entonces diminuto,
un pez exangüe en este mar de greda
y amaranto, un líquen sordo,
un fósil vivo un frágil animal
que huella con pies desnudos el desierto.

El tiempo borrará sin duda estas
pisadas. Del mismo modo pasaremos.
Nada guardará nuestra memoria.
Nos hundiremos tristes, en silencio,
en el silencio blanco del desierto.

(Cuatro Ciénagas, 29 de agosto de 2015)

VII. Terremotos

¿Podría refugiarme adentro
de mi cráneo? La tierra se estremece.
Nace y agoniza cada día. El terremoto
me hace recuperar tacto, ojos, aquel
asunto extraño que llamo realidad.

Desaparecen de súbito las casas,
los árboles se quiebran, crujen
los esqueletos de los edificios,
el polvo penetra en la nariz, que sangra.

¿Podría protegerme de la muerte,
adentro, en mi cerebro? Si soy un hombre
desvalido y solo, ¿podré alcanzar refugio
en el rescoldo de un alto fuego
en combustión robusta?
La muchedumbre vaga entre las ruinas.
El valle es una triste llamarada oscura:
está, destruido, entre las llamas mansas.

Las nubes lejanas,
incendiadas
por un fuego frío,
son la sonrisa amarga
de algún dios tranquilo.

(Ciudad de México, septiembre de 1985)

B. Segunda parte:
Negaciones. Trece poemas en los que nada sucede.

II. Poema en el que nunca

¿Estuve allí alguna vez? ¿En dónde?
No recuerdo. ¿Qué es, a fin de cuentas,
la memoria? Había un río profundo,
turbulento, sucio. ¿Es verdad
lo que digo? Nunca hubo ningún
río profundo, turbulento, sucio.
No lo recuerdo al menos.
Era tan solo un riachuelo tranquilo,
de aguas claras. ¿Es en verdad
un arroyo de aguas claras?
En ese arroyo, ¿hubo una poza
con niños y relinchos de caballos?
No, nunca hubo relinchos de caballos.

¿Había en aquel arroyo una cascada?
Tal vez sí, no lo recuerdo bien.
¿Oímos alguna vez el rumor
del agua entre las piedras? ¿En dónde
están ahora aquellos niños? Recuerdo
que había un viejo que miraba hacia
ninguna parte. ¿Quién era? El viejo aquel,
¿era la sombra ajena del que soy ahora?
¿Dónde soñé este sueño?
¿Tan sólo fueron sueños, los sueños
de un anciano que sueña que fue niño?
Pudo haber sido así. Pudo haber sido
nunca. Quién lo sabrá. Sucede.

VI. Poema en que jamás

¿Estuve de verdad en la pirámide, en mitad
de la selva? Mi cuerpo, arrancado el corazón,
¿rodó gradas abajo? ¿Acaso no fui yo
el que abrió el pecho de mi hijo
y alimentó con sangre la boca
hambrienta de la piedra, viva?
Amanecía, lo recuerdo muy bien.
El sol temblaba como un niño desnudo
que naciera de las fauces abiertas de la Tierra.
¿Lo recuerdo, en verdad? ¿Avanzaba
el sol entre las nubes? El astro matutino,
lleno de sueño aún, los brazos blancos
de rocío, ¿despertaba también?
No, no pudo ser así, jamás. Los astros
huían, aterrados, y yo, ya muerto,
descendía. ¿Cómo es posible, entonces?
Si yo ya estaba muerto, no puedo recordar
si descendía o no por las gradas.
¿Era la luz, entonces? ¿Era la luz ardiente del ocaso

la que descendía por las gradas del templo?
¿Era el amanecer? Jamás ha sido así,
he soñado tan sólo. ¿Pudo haber sido?
Quién sabe lo que fue. Lo único que puedo
afirmar es que sucede. ¿Puedo decir
que esto que he dicho jamás
ha sucedido, que la muerte no sucede
jamás, porque siempre está viva?